

JAVIER ALBARRÁN IRUELA, *EL SUEÑO DE AL-QUDS.  
LOS MUSULMANES ANTE LA CONQUISTA CRUZADA DE  
JERUSALÉN (1099-1187)*, COLECCIÓN *SINE QVA NON.*  
*MONOGRAFÍAS DE HISTORIA MEDIEVAL*,  
EDITORIAL LA ERGÁSTULA, MADRID, 2017, 236 PÁGS.  
ISBN: 978-84-16242-34-4

FRANCISCO GARCÍA FITZ  
Universidad de Extremadura

En alguna ocasión se ha señalado que una de las carencias de la investigación histórica española es un cierto ensimismamiento que le lleva a no prestar atención a los fenómenos desarrollados fuera del ámbito ibérico. Por no ir más lejos, no parece que haya en la historiografía hispánica nada parecido al llamado “hispanismo” anglosajón o francés. El medievalismo no es ajeno a esta tendencia: las investigaciones realizadas por estudiosos españoles sobre realidades no peninsulares no son numerosas ni parecen existir líneas de investigación potentes y consolidadas sobre aspectos relacionados con otros contextos geopolíticos o socioculturales. Dentro de este marco general, alguna vez se ha puesto el énfasis de manera particular en la escasa investigación desarrollada en España sobre las cruzadas. Tampoco sería una novedad reconocer que el medievalismo académico español ha arrastrado tradicionalmente –salvo excepciones también conocidas– una importante laguna debido al desconocimiento general de la lengua árabe, lo que ha dejado el grueso de la investigación sobre el Islam clásico –medieval, por utilizar la periodización occidental– en manos del arabismo filológico, al que hay que reconocerle que ha realizado esfuerzos sobresalientes para cubrir la ausencia del medievalismo en estos terrenos.

Pues bien, el libro que ahora presentamos supera esta doble limitación: de una parte, centra su investigación en las circunstancias vividas en el Levante Mediterráneo y el Próximo Oriente entre los siglos XI y XII; de otra, su autor es un académico que combina su formación como historiador con el conocimiento del árabe. En este sentido, se trata de una *rara avis* en el panorama de la investigación histórica española.

El objetivo básico de la obra, según el propio Albarrán, es analizar “la respuesta, sobre todo ideológica y discursiva, del islam a la llegada de los cruzados y a la conquista por parte de estos de Tierra Santa”, respuesta que necesariamente estuvo centrada en torno a la pérdida y recuperación de Jerusalén (p. 25).

Sin duda el lector medio interesado en cuestiones históricas o el estudiante apasionado por estas materias puede encontrar fácilmente un amplísimo elenco bibliográfico sobre las cruzadas. Sin embargo, mucho más difícil tendría acceder a obras en las que se trate ese mismo fenómeno desde la perspectiva musulmana. Por supuesto siempre podría acudir a la bien conocida obra de Amin Malouf, pero conviene no olvidar que *Las cruzadas vistas por los árabes* más que un libro de historia es, en palabras de Malouf, “la auténtica novela de las cruzadas”, pero contempladas desde la perspectiva de quienes la sufrieron, los musulmanes. Por supuesto existe bibliografía académica sobre estas cuestiones, tal como se recoge en la obra que ahora reseñamos, pero no se contaba hasta ahora con una publicación de conjunto que, manteniendo los parámetros propios de la investigación histórica, tuviera al mismo tiempo una vocación divulgativa.

Los contenidos de la obra se articulan en torno a dos ejes que se combinan a lo largo de todo el trabajo: de un lado, la coordenada cronológica, que sirve como hilo conductor para presentar, de manera sintética, pero siempre clara y coherente, el desarrollo de los principales acontecimientos; de otro lado, la plasmación ideológica de la respuesta que la sociedad y los poderes islámicos de la zona dieron a la presencia cruzada, y ello fundamentalmente a través del *yihād*.

Para conseguir su propósito, la obra aparece organizada en cinco capítulos, precedidos por una introducción que le sirve al autor para presentar tres aspectos fundamentales para la comprensión de todo el desarrollo posterior de los fenómenos analizados: la situación de fragmentación del islam oriental a la llegada de los cruzados, el profundo significado de Jerusalén en la tradición islámica y el concepto de *yihād* antes de las cruzadas.

El primer capítulo está dedicado a los años iniciales de las cruzadas, enmarcado cronológicamente entre 1095 y 1127. Además de dar cuenta del desarrollo de los acontecimientos relacionados con la Primera Cruzada —desde la predicación de Urbano II en Clermont hasta la consolidación del Reino Latino tras la toma de Acre—, se presta una especial atención a las primeras reacciones que suscitó entre el mundo islámico la irrupción de los cruzados, respuesta que fue diversa —e incluso contradictoria— y que se articula en torno a tres líneas de actuación: la aplicación de una política pragmática de pactos entre poderes locales musulmanes y los cruzados; las primeras manifestaciones de la llamada al *yihād* entre los círculos religiosos que no llegaron a movilizar a los poderes políticos de una manera eficaz; el desarrollo de algunas respuestas militares inconexas y de corto alcance.

El segundo capítulo está dedicado a “los campeones del *yihād*”, esto es, a la trayectoria de dos gobernantes que personifican la reactivación, con carácter renovado, del *yihād*: Zenkī y Nūr al-Dīn (1127-1174). En ambos casos sus éxitos contra los cruzados y frente a otros poderes musulmanes de la zona le sirven al autor como hilos conductores de sus respectivas actuaciones políticas; en el primero de ellos, la conquista de Edesa es tomada como eje para explicar la carrera política de Zenkī; en el segundo —Nūr al-Dīn—, la vertebración del relato toma como puntos de referencia la campaña de la Segunda Cruzada contra Damasco y su progresiva intervención en el Egipto fatimí.

Pero, más allá de la presentación del curso de los acontecimientos, este capítulo aborda una segunda línea de análisis del mayor interés: lo que el autor en algún caso denomina como “la (re)construcción de la ideología del *yihād*”, esto es, la utilización sistemática de la noción de *yihād* para justificar la guerra contra los cristianos y movilizar a los musulmanes bajo la dirección de unos gobernantes justos, protectores, valientes y personalmente entregados a la guerra en defensa de Islam. Si todo ello está ya presente en la actuación gubernamental de Zenkī, en la de Nūr al-Dīn se añaden otros dos elementos significativos: de un lado, la alianza con los sectores intelectuales y religiosos –el caso paradigmático es el del ulema Ibn Asākīr– que doctrinalmente venían sosteniendo desde tiempo atrás la necesidad de revitalizar el *yihād* y, a través de este, el islam sunní; de otro, la puesta en práctica de una política de construcciones de edificios religiosos (fundamentalmente madrasas) y de utilización de inscripciones que reforzaban el mensaje yihadista y de defensa del sunismo, apuntando ya en algún caso particularmente significativo al objetivo de la recuperación de Jerusalén como culmen del triunfo sobre los infieles y sobre los herejes. Todo este conjunto de actuaciones revertía en la creación de la imagen de un gobernante ideal, encarnada en la figura de Nūr al-Dīn.

Como resulta obligado en un libro de esta temática, la figura de Saladino constituye un elemento central en el análisis y a ella se dedica el tercero de los capítulos. Su éxito frente a los cruzados, y en particular la recuperación de Jerusalén para el Islam, lo convirtió pronto en una leyenda cuyo rastro llega hasta nuestros días, lo que, como subraya Javier Albarrán, dificulta el acercamiento al personaje histórico. No obstante, basándose especialmente en los testimonios de autores cercanos, ha conseguido ofrecer una apretada síntesis de su carrera política y militar, primero trazando sus líneas de actuación desde su control sobre Egipto hasta su victoria en Hattin, después revisando su trayectoria desde la conquista de Jerusalén hasta su enfrentamiento con los occidentales durante la llamada Tercera Cruzada.

Como había hecho el autor al estudiar a sus antecesores, la síntesis biográfica y contextual también se completa ahora con el estudio de aquellos aspectos que contribuyeron a crear en torno al personaje histórico una determinada imagen, una “construcción discursiva” que le sirvió para legitimar su posición de gobernante sobre los musulmanes de Siria y Egipto –manteniendo un calculado equilibrio en su relación con los califas abasíes– y para reforzar su confrontación con los cruzados. Cinco elementos de este discurso son puestos bajo análisis: su presentación como defensor de la ortodoxia sunní frente a los fatimíes, contando para ello con el apoyo sustancial de la elite intelectual y religiosa; la modulación de su imagen como la de un “hombre santo”, asociado frecuentemente con otras figuras de la historia sagrada islámica, incluyendo al propio Mahoma, a sus compañeros y a los califas ortodoxos; su perfil de musulmán perfecto y de gobernante generoso, caballeroso, justo y sabio; por último, pero quizás más importante, su imagen como *mu'yāhid*, eso es, como “el soberano ideal conductor del *yihād* contra los infieles”, como “rey-guerrero” y general valeroso, siempre en estrecha colaboración con los ulemas y con la vista puesta en la recuperación de Jerusalén y en la “reislamización”

del territorio conquistado a los cruzados. Su obra, no obstante, apenas le sobreviviría, como demuestra el breve apartado dedicado en sus herederos.

El contacto entre musulmanes y cruzados tuvo como consecuencia inevitable la formación entre los primeros de una imagen estereotipada de los segundos, de una representación sesgada del Otro que entró a formar parte, en el plano ideológico, del combate contra el enemigo. A ello se le dedica un último capítulo, también breve, pero que acierta al ofrecer las grandes líneas de la representación propagandística de los cruzados: su bestialización; sus profundas convicciones religiosas; su sometimiento al poder eclesiástico y, en particular, al papa; sus aberraciones o desviaciones dogmáticas –el culto trinitario, la adoración de imágenes...–; su suciedad y falta de higiene; su constante vinculación con el cerdo como paradigma de la impureza; su inferioridad, en fin, frente a los musulmanes.

Las conclusiones, además de ofrecernos una síntesis valorativa del contenido global de la obra, sirven para alertarnos sobre el grado de ideologización de las fuentes y sobre la necesidad de distinguir entre el discurso legitimador y la práctica político-militar, fuera esta la aplicada contra los cruzados, fuera la llevaba a cabo para consolidar el propio poder, proceso este último de largo alcance, por cuanto que la lucha contra los cruzados no supuso únicamente una revitalización del *yihād*, sino también una transformación del Islam sunní.

El lector encontrará, pues, en esta obra, no solo un acercamiento a unos acontecimientos que fueron decisivos tanto en la historia del Occidente medieval como, sobre todo, en la del Cercano Oriente, sino especialmente una perspectiva diferente a la que habitualmente se halla en las publicaciones sobre las cruzadas. Pero también encontrará que hay determinadas llagas que siguen abiertas y supurando después de centenares de años. Hablar de la dramática historia de Jerusalén sigue siendo, en cierta medida, hablar de su presente.